

Patrimonio cultural: prisionero de guerra

Por María Susana Victoria Uribe

En una entrevista con fines académicos, un asesor del gobierno ucraniano me compartió que consideraba al patrimonio cultural como una víctima de la guerra con Rusia, puesto que es una entidad no tiene posibilidad de levantar la voz. El funcionario explicaba que los museos y los teatros han sido atacados intencionalmente por las tropas rusas, sufriendo robos, destrucción, amenazas y secuestros de su personal; se han convertido en un objetivo recurrente del conflicto que hoy divide a dos naciones que alguna vez tuvieron un punto en común.

El patrimonio cultural es más que objetos, piedras y lugares. Para cualquier especialista en la materia esta aseveración resulta básica; sin embargo, valdría la pena recordar cómo la memoria histórica se materializa en esos objetos. Pensemos, por ejemplo, en el anillo de bodas de la abuela: más que el valor monetario, la joya simboliza la unión que dio origen a una familia; su conservación significa, por ende, la preservación de los recuerdos familiares. Algo similar sucede con el patrimonio cultural de una comunidad, región o país; por supuesto, con discursos mucho más complejos de legitimación y selección. Este legado constituye la memoria de un pueblo y es testimonio de la identidad compartida. Es en este proceso donde abundan interesantes discusiones sobre pertenencia y segregación, e incluso desde 2022, los museos han abandonado la idea decimonónica de la verdad absoluta, para reconocer que existen múltiples discursos o interpretaciones del patrimonio.

Crimea, territorio anexado a Rusia por la fuerza en 2014, en un conflicto geopolítico entre Ucrania y Rusia desde entonces, es un ejemplo de esta polifonía de la memoria. En julio de 2024, fue inaugurado en Chersonese, cerca de Sebastopol, un nuevo complejo cultural cuya construcción fue un proyecto del Ministerio de Defensa financiado por Transneft, una corporación estatal dedicada a los oleoductos rusos.

LA DESTRUCCIÓN DE
MUSEOS, TEATROS,
BIBLIOTECAS Y OTROS
RECINTOS CULTURALES
ES UNA PRÁCTICA
RECURRENTE EN
CONFLICTOS BÉLICOS



Ilustración: Fabian Alvarado

Este complejo incluye el Museo de la Cristiandad y el Museo de Crimea y Novorossiia, con un discurso claramente prorruso sobre la historia de la región. Este nuevo Chersonese fue abierto en un antiguo sitio arqueológico griego del siglo V a. C. y que, justo en 2013 –un año antes de la anexión a Rusia– fue catalogado como Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO. Para los ucranianos, quienes ya han pedido el apoyo internacional, el daño y la destrucción del antiguo sitio forman parte de la estrategia rusa para borrar el patrimonio cultural.

Para el día 1,000 de la guerra, en un cálculo matemático según las cifras oficiales del gobierno ucraniano en cuanto a destrucción de infraestructura cultural (museos, teatros, escuelas de arte, sitios arqueológicos o con algún interés cultural), al menos uno de estos espacios ha sido dañado o destruido por día. Museos en ciudades pequeñas, que no almacenaban armamento ni podrían ser vitales para la comunicación, fueron atacados. De hecho, recién iniciado el actual conflicto, hace tres años, se dio a conocer la noticia de que un custodio

expuso su vida para salvar las obras de la artista María Primachenko, una de las más reconocidas y ligadas con el patrimonio cultural; con ello, este guardia logró preservar la memoria de su pueblo.

Un caso especial es el idioma. El ruso y el ucraniano son lenguas maternas para los ucranianos. El primero fue impuesto desde tiempos del zarismo y de las políticas educativas de la Unión Soviética. En el campo y con los grupos de resistencia se mantuvo el ucraniano hasta la independencia de Ucrania en 1991, cuando se convir-

tió en el idioma oficial. Sin embargo, en la zona oriental (frontera con Rusia) era mayoritaria la población que hablaba ruso. De hecho, la serie televisiva que hizo famoso a Volodymyr Zelensky, actual presidente, tenía como idioma original el ruso. El conflicto lingüístico, o más bien la resistencia lingüística que ha llevado a la recuperación del ucraniano como la lengua identitaria del país, se afianzó después de 2014, cuando el sentido de pertenencia aumentó en respuesta a la guerra en Crimea. En una broma sarcástica de la que subyace una gran verdad, la población dice que nadie ha hecho tanto por la identidad ucraniana como el propio Vladimir Putin. Hoy en Kyiv (Kiev) se habla ucraniano, aunque se sepa ruso.

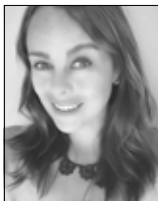
El ataque al patrimonio cultural por parte de gobiernos autoritarios en el clamor de la guerra no es un hecho exclusivo en Ucrania. Pensemos en la destrucción de la ciudad de Mosul, al norte de Iraq, por parte de ISIS; la biblioteca de Sarajevo destruida por las tropas serbobosnias; o el robo y destrucción del arte por parte de los nazis durante el Tercer Reich.

El conjunto de bienes culturales, más que un gusto colectivo, se convierte en un objetivo de persecución y aniquilamiento, y en algunos casos, como en Crimea, en una oportunidad de reinterpretación al buscar intereses como la restauración de la geopolítica soviética por parte del gobierno ruso. No resulta una casualidad que el Ministerio de Defensa de Rusia tenga en su agenda la creación de un complejo cultural. De hecho, museólogos de Ucrania han declarado su molestia ante el Consejo Internacional de Museos por la presunta participación de especialistas rusos en Historia del Arte y Museos en la destrucción del patrimonio cultural ucraniano.

¿Qué sucederá con las ruinas de este patrimonio una vez terminada la guerra? Ello dependerá de los términos en los que se firme la paz, debido a que será establecido quién restaurará y también quién lo interpretará, tal como ya está sucediendo con otras ciudades ocupadas por los rusos. Lo que resulte incidirá en la formación de las nuevas generaciones de rusos y ucranianos, quienes elaborarán su presente a partir de un pasado que la guerra ha tenido prisionero. Con ello, el futuro parece un nuevo rehén de la memoria, sus filias y sus fobias. 



Foto: Tauric Chersonese National Preserve



Susana Victoria es museóloga, gestora cultural e historiadora. Egresada de la Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública de la UAEMéx, ganadora de la Presea Altamirano en 2006. Cuenta con más de 16 años de experiencia en el desarrollo de exposiciones, agendas culturales y festivales, tanto en la iniciativa privada como en el sector público. Actualmente es Doctorante en Seguridad Internacional en la Universidad Anáhuac.